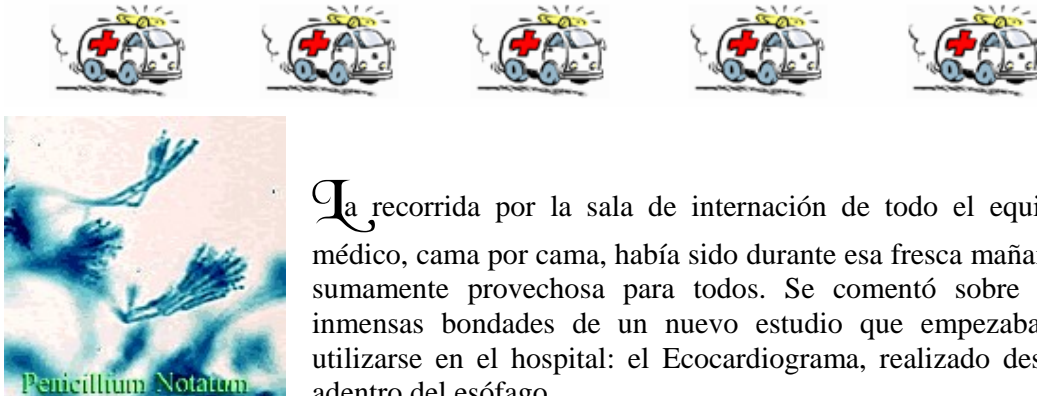


## PENICILINA NOTATUM



La recorrida por la sala de internación de todo el equipo médico, cama por cama, había sido durante esa fresca mañana, sumamente provechosa para todos. Se comentó sobre las inmensas bondades de un nuevo estudio que empezaba a utilizarse en el hospital: el Ecocardiograma, realizado desde adentro del esófago.

Alguien comentó que los avances tecnológicos en Medicina, siempre habían sido fuente de alegría para la humanidad y dolor de cabeza para los administradores, que tenían que pagar el costo.

- *No se lo crean, no siempre fue tan simple...* – retrucó un anciano médico, luciendo una blanca y prolija cabellera. Era el Dr. Héctor Gozziano, un médico clínico y radiólogo de mucho renombre en el ambiente hospitalario. Nos sentamos en un apretado círculo, alrededor de la mesa de la sala de reuniones, mientras la mucama nos servía un humeante café. El maestro – sin hacerse rogar demasiado - comenzó con su interesante relato de aquellos años, cuando él recién se había recibido. Gracias a un familiar – nos contaba -, se había integrado rápidamente al prestigioso Staff médico del Hospital Rivadavia

“Corría el año de 1944, en la cruda época invernal para el hemisferio sur y en el ventoso mes de Junio. En la vieja Europa, se producía el Desembarco en las costas de Normandía, exactamente el 6 junio de 1944, conocido como el famoso día “D” o “La Operación OVERLORD”, que durante más de dos años, los aliados habían preparado para abrir una brecha en la Europa fortificada de Hitler. La invasión, con una flota de casi cinco mil barcos, estableció una cabecera de playa de 96 kilómetros de largo. Los alemanes, que esperaban la invasión aliada en el Paso de Calais por ser la ruta más corta para llegar a Alemania, fueron sorprendidos. En esos tiempos, Hitler ordenaba a sus generales que no retrocedieran, bajo la promesa de que estrenaría sus temibles armas secretas, las bombas voladoras V-1, un avión a propulsión sin piloto que podía alcanzar los 640 kilómetros por hora y luego las V-2, un cohete supersónico que descendía sobre Inglaterra a una velocidad de 6400 kilómetros por hora.

En Argentina, el gobierno del general Pedro Pablo Ramírez llegaba a su fin, luego de un año de gestión en el que se intervinieron las universidades, se produjeron cesantías de distinguidos profesores y se disolvieron los partidos políticos. El general Edelmiro Julián Farrell, ocupaba la vicepresidencia. Mientras tanto, comenzaba a brillar en el poder, una estrella en ascenso y con luz política propia: Juan Domingo Perón.

Los hospitales públicos de la Argentina, desde el año 1920 se habían convertido en centros muy apreciados de atención de la salud, dado sus bien montados consultorios

externos, la eficacia de los socorros domiciliarios, las prolijas y pulcras maternidades y la atención esmerada de la infancia y de los accidentados.

En aquellos años, uno de esos nosocomios públicos, era el hospital Rivadavia. En esos años, tenía su acceso principal de entrada y el ingreso a la guardia, por la calle Sánchez de Bustamante. Un amplio vestíbulo daba acceso a la guardia médica, que estaba ubicada a mano izquierda, mientras que avanzando hacia delante, se accedía al enorme jardín central del hospital, un verdadero y enorme pulmón de manzana, que entre muchas manos laboriosas lo habían transformado en un exuberante vergel, lleno de toda variedad de plantas y de arboles, traídos de diferentes partes del mundo. Era supervisado en persona, por el mismo Director del Hospital, quien lo recorría diariamente por el camino que lo circundaba. En uno de sus costados, crecía un enorme ombú, que era el sitio obligado de reunión de toda la “Juvenilla” médica, pues en los bancos que se amontonaban al amparo de su sombra, se daban cita los practicantes mayores y menores. Allí se hablaba de todos los temas: desde la segunda guerra mundial, la política argentina, las últimas técnicas quirúrgicas... hasta cual enfermera salía con tal médico.

No era raro que el Señor Director, al cual se le tenía un respeto enorme por su investidura, se paseara con su capa y galera por el jardín y que lo llamase a cualquiera de los practicantes para interrogarlo por el nombre de cada flor, de cada planta o de cada árbol, incluso su denominación en latín. Y la galería que conducía al despacho de la Dirección Médica, era un corredor recubierto de vidrios, espejos y vitreaux de los más finos y caros de la época, tornándolo un verdadero pasadizo encantado y sacrosanto.

Otras escaleras, daban acceso a un amplio vestíbulo en el primer piso y a un lujoso hall de invierno, del pabellón Cobo. El Servicio de Clínica Médica, estaba integrado por tres salas; la Sala 7, a cargo del Dr. Cisneros (que luego se convertiría en la Sala del Profesor Dr. Rewsi); la Sala 1, a cargo del apreciado “petiso” Dr. Pinedo (que luego se transformaría en el Instituto CEMIC) y finalmente la Sala 4, del Dr Mascheroni.

En ese mes de Junio de 1944, ingresó al hospital una mujer de unos cuarenta años, con todos los síntomas de una endocarditis (una infección por bacterias, de las válvulas del corazón). Tenía una infestada y calamitosa boca que apestaba – “*aliento de dragón*” la bautizaron los practicantes - y el *Streptococcus viridans*, una bacteria responsable de casi la mitad de todas las endocarditis bacterianas, era el dueño y señor de esa húmeda y pútrida cavidad.

La mujer, había desarrollado sus síntomas en forma lenta desde hacia varios meses. Su fatiga hacia que a las pocas horas de levantarse, tuviese que caer nuevamente postrada en la cama; la debilidad era tan grande, que apenas si podía higienizarse a ella misma. La fiebre, que en un principio rondaba los 38 grados, en los últimos días había ascendido hasta los 41 grados, siempre acompañada de fuertes y molestos escalofríos. La sudoración por las noches, cada vez era más acentuada y molesta.

La pérdida de peso, de casi diez kilogramos en los dos últimos meses, pronosticaba el futuro sombrío que pendía sobre ella. Los dolores musculares, tornaban su vida insostenible. La inflamación de los pies, de las piernas y del abdomen, cada vez era mayor. En los tres últimos días, hasta había notado sangre en su orina. Unas manchas rojas en la piel de las palmas de las manos y de las plantas de los pies; una palidez

generalizada y unas dolorosas hemorragias debajo de las uñas, se sumaban torturantes al dolor invalidante de sus articulaciones.

Los médicos habían reconocido que el bazo lo tenía crecido y que día a día, iba cambiando el soplo cardíaco que antes no tenía y además, en el examen del fondo de ojo, aparecían hemorragias de todo tipo.

Los médicos de la Sala, sabían que se estaba complicando con una insuficiencia cardíaca y que en cualquier momento, los coágulos sanguíneos o embolias, llegarían al cerebro, riñones, pulmones y el abdomen, ocasionándole daños muy severos. La información que se le daba a la familia, siempre era escueta y contundente. Y en este caso, fue especialmente contundente.

- *Su mujer, esta muerta... ¡¿Me entendió?! – fue lo único que le dijo el Jefe de Médicos de ese día, al confundido marido, un humilde albañil italiano, que se limitó a quitarse la gorra para hablar con el galeno y a responderle tímidamente: Gracie, signore dottore. El pobre tano se quedó inmóvil, confundido y solitario en el luminoso pasillo del nosocomio, como tratando de entender que era lo que estaba realmente pasando por su vida.”*
- *¡Que bestia! – exclamó una de las médicas que estaba con nosotros, interrumpiendo el relato del Dr. Gozzi - ¡Ese tipo, no merecía ser médico! ¡¿Cómo le va a decir semejante cosa a ese pobre marido?!*
- *Eran otros tiempos – respondió tranquilamente el anciano médico – Era otra cultura. Se nos enseñaba a hablar así... a ser soberbio. ¿Qué le podíamos criticar? ¿Qué eran consecuentes con lo que se les había enseñado?... Recuerdo que a más de una madre soltera que se quejaba de dolores durante el parto, haber escuchado decir a los médicos despectivamente “¡Qué te va a doler a vos...!” – la médica, que escuchaba en silencio, cruzada de brazos y de piernas, haciendo una indignada mueca de desaprobación, no aguantó más. Se levantó de su silla y se marchó.*

Nadie hizo comentarios y apurando el último sorbo del café, el anciano médico continuó con su interesante narración.

“El descubrimiento de la penicilina por parte del escocés Alexander Fleming, tuvo lugar accidentalmente en 1928 durante sus investigaciones sobre la gripe. Notó que en la probeta, crecía un moho y que a su alrededor, se había formado un área libre de gérmenes patógenos. Supuso que esa capa de moho, contenía alguna sustancia que inhibía el crecimiento de las bacterias, aunque jamás lo probó en los ratones de experimentación.

Cuando dos químicos ingleses en 1938, hicieron las pruebas de rigor en ratones infectados, cambió para siempre el tratamiento de las infecciones bacterianas y originó una industria farmacéutica, cuyos productos controlaron a enfermedades como la neumonía, la sífilis, la tuberculosis y la gangrena. El primer ensayo clínico en humanos, se realizó el 12 de enero de 1941 y en 1943, comenzó la producción comercial en los Estados Unidos.

¿Y por qué recuerdo eso? Porque también en ese mes de junio de 1944, una muchacha de 18 años que había sido operada de apendicitis, se complicó con una gravísima

peritonitis post quirúrgica. Se encontraba internada en el Sanatorio Bazterrica, cuyo plantel profesional de aquellos años, estaba fundamentalmente integrado por médicos del Hospital Rivadavia (a tal punto, que en la jerga médica se decía que el Bazterrica, era una verdadera “metástasis” del Rivadavia)

El informe del médico cirujano actuante, también fue contundente y lapidario: la joven, tenía muy escasas posibilidades de sobrevivir, casi de cero. Aconsejó, que estuviesen preparados para todo...

La conmoción y el desaliento entre los familiares y amistades, fueron tremendos. Angustia, miedo y terror de soportar que alguien tan joven, partiese prematuramente de este mundo. Desasosiego atroz, que hasta tornaba creyente al más ateo.

El padre de la joven, atormentado por la próxima y segura muerte, parecía un león herido y enjaulado. En su desesperación, tomó un teléfono y consiguió comunicarse con su familia uruguaya, de la Ciudad de Montevideo. Les pidió que orasen y como varios de sus familiares eran médicos, uno le acercó una idea oportuna y salvadora.

- *Acá en el Hospital de Clínicas Dr. Manuel Quintela, acaba de llegarnos de los Estados Unidos, unas ampollas de un nuevo medicamento para tratar infecciones graves. Le dicen antibiótico y se llama Penicilina... Vení a buscarla en avión y te las llevas. Nosotros te esperamos con el paquete en el puerto.*

En el primer hidroavión de la compañía Dodero que despegó del puerto de la Ciudad de Buenos Aires, luego de la feliz y oportuna llamada telefónica, volaba un hombre aferrado a una tibia esperanza. Los noventa minutos que le demandó el viaje de ida, los sesenta de la espera y los noventa del regreso, le parecieron una asfixiante eternidad. Calmó su angustia leyendo y releendo mil veces, el prospecto que acompañaba al extraño medicamento, del cual traía el doble de la dosis requerida.

- *Doctor* – le dijo el decidido padre al cirujano, cuando le entregó en mano las preciosas ampollas – *en las instrucciones está explicado claramente, como debe darse este medicamento.*
- *No se preocupe* – respondió el galeno, mirándolo por sobre el hombro – *nosotros sabemos perfectamente que es lo que hay que hacer...*

A la Penicilina se la administraron en forma endovenosa – por no prestar atención al prospecto que acompañaba al producto y que recomendaba especialmente, no administrarla endovenosa – por lo que se le produjo un grave shock, del cual milagrosamente se recuperó, en parte gracias a Dios y en parte, a la juventud de la paciente. Era el primer caso tratado con antibiótico en un Sanatorio de la Argentina.

Luego, una inyección intramuscular cada seis horas, en un total de un millón de unidades por día, durante una semana, fue el régimen que se le impuso. El éxito fue total. Incluso sobraron ampollas, equivalentes a un tratamiento completo del antibiótico y el padre, generosamente las donó. El cirujano, que conocía del grave caso de la endocarditis internada en el Hospital Rivadavia, presuroso llevó esa valiosa terapéutica hasta la misma Sala de Clínica.

Eran las once y media de la noche, cuando una enfermera de largo guardapolvo blanco y aerodinámica cofia del mismo color, hundía una filosa aguja en el glúteo derecho de la

mujer con la infección en las válvulas del corazón, inyectando la promisoriosa droga. Era el primer caso tratado con antibiótico en un Hospital de la Argentina.

En las primeras veinticuatro horas, la fiebre descendió a menos de 38 grados y cuando se cumplieron cuarenta y ocho, la enferma estaba sin fiebre y animosamente sentada en su cama, con un apetito voraz. El marido, con cinco hijos a su cargo y el trabajo de albañil, no faltaba jamás en el horario de las visitas. Todos los días concurría con un enorme y largo pan varilla, pletórico de queso, mortadela y jamón cocido. El tano, no se retiraba del hospital hasta que su mujer no hubiese terminado el último bocado.

- *“Anyulina, manya qui ti fa bene...”* - le insistía e insistía, mientras la ayudaba a deglutirlo con un vaso de jugo de naranja que el mismo le exprimía, al lado de la cama.

El hospital estaba conmocionado ante la impresionante mejoría de una enferma en la cual solo se esperaba que muriese, y en un corto plazo. Pronto los odontólogos le extrajeron todas las piezas dentarias en mal estado y las estudiantes de la escuela de enfermería, cortaron sus uñas y reacondicionaron sus cabellos. Con los días, una vez que trascendió la noticia, llegaron periodistas con sus máquinas fotográficas de cajón, esas con lámparas de luz relámpago de magnesio, en las que la combustión de un hilo de aluminio producía un destello tan intenso, que permitía iluminar perfectamente al sujeto, y le tomaron fotografías. Se cumplía una vez más la famosa frase de Napoleón *“La victoria tiene mil padres, la derrota a ninguno...”*. E incluso uno de los jefes, en medio de la recorrida de sala, dijo solemnemente: - *Para la gente común, cuando el enfermo se salva es gracias a Dios. Pero cuando se muere... es culpa del médico”*.

Pasaron cuarenta y cinco días y la enferma del sanatorio fue dada de alta, en medio de la alegría de toda su familia. Toda una vida, la esperaba por delante. Y esos mismos cuarenta y cinco días, pasaron para la enferma del hospital. El Jefe, ante la excelente recuperación de su paciente, dio la orden de que se fuese de alta a su domicilio, pero su impetuoso marido - el tano - no quería saber nada, por lo cual fue llamado a su presencia en el despacho.

- *Su mujer ya está bien, está de alta. Se la tiene que llevar para su casa* – le dijo el Jefe.
- *“Pero uste mi ha dicho que ella ya estaba muerta”* - respondió el tano.
- *Sí, esta bien. Pero le pudimos aplicar una nueva medicación... un bactericida que le desinfectó la sangre. Es el primer caso en un hospital de Argentina* – le contestó muy orgulloso, el Jefe médico.
- *“¡Pero uste mi ha dicho que ella ya estaba muerta!”* - respondió por segunda vez el tano, con mucha angustia en su voz.
- *¿Pero... que problema tiene que no se la quiere llevar?* - interrogó el médico.
- *“Que como usté mi ha dicho que ella ya estaba muerta... yo me volví a casar. ¡¡Tengo otra mujer en la mia casa!!”* – contestó muy abatido el tano, dejándose caer pesadamente sobre una silla.

Todos nos reímos sorprendidos, ante la insólita anécdota. El maestro se levantó, saludó y amagó como para retirarse, pero entre todos lo detuvimos.

- *¿Y, que pasó? ¿Se la llevó a la casa?...* - preguntaron muy curiosos, todos los médicos – *Por favor, cuéntenos el final... no se vaya ahora, que nos va a dejar con “la espina”...*

- *No lo sé...Esto se los conté para que no se crean que los avances tecnológicos en Medicina, siempre han sido fuentes de alegría para la humanidad. Solo recuerdo que debajo del ombú del jardín del hospital, un practicante mayor propuso que el tano se hiciese mahometano, ya que en Arabia, si el varón no tiene sesenta esposas, no le permiten ser socio del Club de Golf...Y otro, riéndose también, se compadeció del pobre tano: el peor castigo del bígamo - nos dijo -, es que tiene que aguantar a dos suegras...*

Como siempre, antes y ahora.

